

5. Pablo Pozzi *

Hostos, el Panamericanismo y la Sociedad Política Argentina, 1873- 1874

En el año 1871, partió el patriota puertorriqueño Eugenio María de Hostos hacia América del Sur con el objetivo de hacer propaganda y generar solidaridad continental para la lucha por la independencia de Cuba y Puerto Rico. Su gira lo llevó a Colombia, Perú, Chile y en septiembre de 1873 arribó al puerto de Buenos Aires en la República Argentina. Allí lo esperaban muchos de los grandes nombres argentinos de la época: el presidente Domingo Faustino Sarmiento, su antecesor, el general Bartolomé Mitre, las familias Quintana, Paz, Varela y Estrada. Sin embargo, y a pesar de la aparentemente buena acogida, Hostos registró en su diario: “Contraste entre la acogida pública de Chile y

* Pablo Pozzi es PhD en Historia (SUNY at Stony Brook, 1989) y profesor Titular Regular Plenario de la Cátedra de Historia de los Estados Unidos de América, en el Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires (Argentina). Es director del Programa de Historia Oral del Instituto Interdisciplinario de Estudios e Investigaciones de América Latina (INDEAL/UBA), y Director Instituto de Estudios Interdisciplinarios de América Latina (INDEAL), Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Pablo Pozzi es miembro del Comité Académico de “Huellas de Estados Unidos” desde el año 2011.

la de Argentina, y la privada de ambos países. Mayor hospitalidad en Chile”.¹

Hostos se quedó en la Argentina entre el 30 de septiembre de 1873 y el 22 de febrero de 1874. Durante esos escasos cinco meses la dualidad que marcó Hostos, el contraste entre lo público y lo privado, nunca dejó de ser cierta. Esa fue la característica del apoyo que el patriota puertorriqueño encontró entre distintos sectores de la clase política argentina. En general, fueron aquellos hombres ligados al Partido Autonomista de la Provincia de Buenos Aires los que dieron mayor apoyo y solidaridad a la gestión de Hostos en la Argentina. Ellos facilitaron el trabajo, le brindaron su amistad y le dieron acceso a la prensa por ellos controlada para desarrollar su labor de propaganda independentista.

Pero en general, los políticos argentinos respondieron con escasa solidaridad concreta, a diferencia de la acogida que había recibido Hostos en Chile y Perú. Las razones centrales de esta situación las podemos encontrar tanto en la coyuntura por la que atravesaba la Argentina como en el modelo de país que en ese entonces estaba imponiendo la clase dominante. De hecho, el proceso de conformación de una clase dominante a nivel nacional y de un Estado a través del cual ésta ejerció su poder se llevó a cabo ligado a Europa, fundamentalmente a Inglaterra. Dentro de lo que se ha caracterizado como el capitalismo

¹ Eugenio María de Hostos. *Diario*; Buenos Aires, 30 de septiembre y siguiente, en *Obras completas*, La Habana, Cultural S. A., 1939, Vol. II p. 65.

dependiente argentino², no había cabida para cuestiones como la solidaridad con la independencia de Cuba y Puerto Rico. De hecho, cualquier cosa relacionada con ese tema recibió un trato superficial, excepto en aquellos sectores marginados que cuestionaban el modelo de país que imponía la clase dominante. La realidad material es que la élite no encontraba que beneficiara a sus intereses el ahondar relaciones con América Latina, pero sí con Europa, y por lo tanto rechazó cualquier acción que dificultara esta relación.

I

Hostos llegó a la Argentina en 1873, pocos meses antes de la elección presidencial que dio el triunfo a Nicolás Avellaneda, con el apoyo del entonces presidente Sarmiento, y en la que Bartolomé Mitre resultó derrotado. Esta elección, y el momento histórico que sintetizó, marcaron el vuelco definitivo hacia un modelo de país que se concretó seis años más tarde en 1880. De esta manera, la Argentina completó el proceso de formación de una clase dominante junto con un Estado nacional que expresó su dominación, y de un modelo socioeconómico de país que marcó el desarrollo nacional durante los cincuenta años siguientes. Así, los años entre la caída de Juan Manuel de Rosas, en 1852, y el triunfo del general Julio A. Roca en la batalla de Puente Alsina, en 1880, conformaron un

² Hay numerosos autores que coinciden en esta caracterización. Aquí seguimos a Waldo Ansaldi. "Notas sobre la formación de la burguesía argentina, 1780-1880", en Enrique Florescano, coord., *Orígenes y desarrollo de la burguesía en América Latina 1700-1955*; México, Nueva Imagen, 1985.

período de transformaciones, cambios y recomposición.

Terminada la Guerra del Paraguay (1865-1870), Argentina quedó casi totalmente pacificada en los términos deseados por la clase dominante, aunque todavía habrían de producirse levantamientos en contra de su hegemonía. El levantamiento de Felipe Varela en 1868 y los de Ricardo López Jordán en 1871, 1873 y 1876 fueron rápidamente aplastados por un ejército nacional que se estaba modernizando. Pero eran estertores finales de una causa moribunda, agotada frente al creciente poderío de la burguesía agro-exportadora. Se afirmó entonces el proceso de estructuración capitalista del país, que fue cobrando la fisonomía que, con algunas variaciones apreciables, conserva hasta el día de hoy: gran productor de alimentos y materias primas para el mercado mundial, gran importador de productos industriales, gran deudor ante los centros financieros del mundo, industrialización deficiente y deformada.

Esta estructuración y evolución del país se inició casi coincidentemente con modificaciones fundamentales en los grandes centros capitalistas del mundo, y se dio en el marco de las nuevas condiciones originadas por aquellas modificaciones. Para los países centrales, la década de 1860 fue un período de gran expansión del equipo productivo industrial, así como también de un acelerado ritmo de inversión de capitales. Los propietarios de ganado en Argentina se beneficiaron por esta expansión general, especialmente los productores de lana. Esto se vio favorecido por situaciones coyunturales, como por ejemplo la Guerra de

Secesión en los Estados Unidos, que aumentó la demanda de lana argentina por parte de la industria textil británica. En este sentido, la Argentina comenzó un período de expansión económica basada en los mercados europeos, la sostenida corriente de inversión de capitales y préstamos para el desarrollo de infraestructura, y la incorporación de nuevas tierras a la producción.³ Al mismo tiempo, se comenzó a fomentar la inmigración europea como forma de obtener mano de obra necesaria para esta expansión, puesto que la Argentina era, con relación a sus necesidades, un país subpoblado. Reconociendo el crecimiento económico, Hostos criticaba con singular agudeza este modelo de país, escribiendo:

Estas... necesidades, vastamente satisfechas en la República Argentina por el gran desarrollo que ha dado al cambio comercial la inmigración, no están contrabalancadas por industrias educadoras, como son la explotación del campo y la extracción del mineral, sino desventajosamente estimuladas por la grande industria del país, la pecuaria, que enriquece sin esfuerzo a la clase propietaria de la tierra y del ganado, a expensas de las costumbres, de la civilización y de los

gustos de la clase que funciona en esa industria.⁴

El desarrollo económico basado en la dependencia de capitales y el mercado europeo, junto con la inmigración, van a resultar en una cultura y tradición que, particularmente por lo que hace a la clase dominante, miraba más hacia Europa y Estados Unidos que hacia el resto de América Latina. A su vez, toda esta situación llevó a la Argentina a verse terriblemente afectada por las oscilaciones de la economía internacional. Una baja en la economía europea que afectara los mercados de las exportaciones argentinas o disminuyera el flujo de capitales generaba fuertes crisis económicas, tal como ocurrió en 1866 y en 1873.

Un aspecto importante de este desarrollo que afectó la gestión de Hostos en la Argentina fueron las relaciones comerciales que existían con España y con la Cuba colonial. Ya en la década de 1820, el cuero, la carne, el sebo y otros subproductos de la industria ganadera encontraban fácilmente mercados en Europa, Brasil, Cuba y América del Norte. En 1825, España ocupaba el tercer puesto y Cuba el séptimo en relaciones comerciales con la Argentina.⁵ Asimismo, hacia 1860 la Argentina importaba, entre otros productos, azúcar y tabaco cubano, y aceite de España.⁶ El diario *El argentino*, en que escribía Hostos, registraba minuciosamente las importaciones españolas: almendras, garbanzos, avellanas, aceitunas, naipes,

³ Para el proyecto de la clase dominante véase, además de Waldo Ansaldi, Oscar Cornblit, Ezequiel Gallo y Alfredo O'Connell. "La generación del 80 y su proyecto: antecedentes y consecuencias", en Torcuato Di Tella, Gino Germani y Jorge Graciarena, *Argentina sociedad de masa*; Buenos Aires, EUDEBA, 1965. También Oscar Oszlak. *La formación del Estado argentino*; Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1985.

⁴ "Federación Argentina", en *Temas sudamericanos*; vol. VIII, p. 102.

⁵ Miron Burgin. *Aspectos económicos del federalismo argentino*; Buenos Aires, Solar/Hachette, 1975, p. 67.

⁶ Horacio Giberti. *Historia económica de la ganadería argentina*; Buenos Aires, Solar/Hachette, 1970, p. 146.

alpiste, chocolate, fideos, jabón, vinos catalanes y de Málaga.⁷ Por su parte, a partir de 1860, la historia económica española registra la importación de una verdadera avalancha de trigo procedente de, entre otros países, la Argentina.⁸ Por último, si bien el principal impulso provenía de rubros como la lana, el tasajo vinculaba la Argentina a un mercado restringido, ya que se exportaba principalmente a Brasil y Cuba para alimento de los esclavos, lo que representaba entre un 4 y un 5% del total del valor exportado.⁹ Tan importante era este comercio que llevó a un rompimiento entre Hostos y Sarmiento. Cuenta Hostos que un día Sarmiento le dijo: “Quiero la independencia de Cuba y Puerto Rico; pero la República tiene un gran comercio de tasajo en La Habana”.¹⁰

El peso del comercio exterior en la Argentina no era sólo definitorio en cuanto al desarrollo económico, como notó Hostos, sino que también tenía un gran alcance debido a que los ingresos del Estado se derivaban principalmente de la aduana de Buenos Aires.¹¹

Todo este comercio importador-exportador se encontraba controlado por poderosos intereses, fundamentalmente los relacionados con los comerciantes británicos residentes en el país, dependientes de las casas metropolitanas. Y también por

poderosas familias tales como los Anchorena, cuya relación con el mercado español se daba a través de la casa Juan Genesy y Cía.¹² Esta relación, junto con el desarrollo de la inmigración en la Argentina, generó un importante grupo empresarial español ligado a intereses catalanes que establecieron talleres, comercios y bancos.¹³ Si bien estos empresarios no se insertaron orgánicamente en los partidos políticos, su influencia, ejercida a través de los canales y alianzas logradas, fue de mucho peso y se prolongó a través del período.¹⁴

Analizando los efectos políticos de la inmigración española en la Argentina escribió Hostos:

Yo había, desde mi llegada a este país, notado ese efecto contraproducente de la aglomeración casi exclusiva de inmigrantes extranjeros en Buenos Aires y en su comarca; pero nunca se me había presentado tan palpable y tan monstruosa como la he visto desde que la serie de aciagas noticias de Cuba vino a excitar los sentimientos de la población argentina y extranjera... Porque esos cincuenta mil españoles representan una potencia económica, forman una enorme masa de intereses, influyen con ellos en las relaciones políticas e individuales del país, relacionan los intereses de España con los de esta República y centralizando toda su

⁷ *El Argentino*; 15 y 31 de enero de 1874.

⁸ Jaime Vicens Vives. *Historia social y económica de España y América*; Barcelona, Ed. Vicens Vives, 1971, p. 251.

⁹ José Carlos Chiaramonte. *Nacionalismo y liberalismo económicos en Argentina*; 1860-1880, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1971, pp. 31, 32, 40.

¹⁰ “La lucha electoral de Buenos Aires”, en *Temas sudamericanos*; p. 416.

¹¹ “Federación Argentina”, en *Temas sudamericanos*; p. 97.

¹² Waldo Ansaldi; “Notas sobre la formación de la burguesía argentina”, *op. cit.*, pp. 570, 574.

¹³ Hilda Iparraguirre. “Crecimiento industrial y formación de la burguesía en una subregión argentina: Córdoba a finales del siglo XIX y principios del XX”, en Enrique Floresco, *op. cit.*, p. 596.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 605.

fuerza en Buenos Aires, ejercen sobre el Gobierno la presión que éste ejerce sobre todo el país.¹⁵

II

A nivel político, este período de transformación abarcó las presidencias de Bartolomé Mitre (1862-1868), Domingo Faustino Sarmiento (1868-1874) y Nicolás Avellaneda (1874-1880). La falta de capitales, la tendencia a invertir solamente en actividades agropecuarias y a rehuir la inversión industrial, la necesidad de fomentar la inmigración y las oscilaciones de la economía llevaron a la clase dominante a reconocer la necesidad de un Estado nacional fuerte y centralizado. Esto se vio reforzado por la obligación de incorporar económicamente el conjunto del país al modelo agroexportador. Este modelo se encontró con la oposición de importantes sectores provinciales del interior que reaccionaron con levantamientos armados. Así, la clase dominante recurrió al ejército nacional para imponer, a sangre y fuego, el “orden” necesario a su modelo de “progreso” nacional.

Dados los intereses de la clase a la que representaban, los gobiernos de la época desarrollaron una política exterior consistente en dar la espalda a Latinoamérica y dedicarse exclusivamente a tratar con el capital europeo. Mientras que el Paraguay de Francisco Solano López constituyó un modelo de desarrollo alternativo, tal como lo

notó Hostos¹⁶, la clase dominante argentina fue declaradamente latinoamericanista, en el sentido de reivindicar el derecho de intervenir en la política de los países vecinos. Pero una vez liquidado el peligro, rechazó cualquier intento o planteamiento de unidad latinoamericana en la medida que percibió que ello podía empeorar sus relaciones con Europa.

Un ejemplo de esto fue el serio conflicto de 1866, generado por el empleo de fuerzas navales por España contra Perú. Se realizó entonces en Lima un congreso continental de apoyo a Perú, y Sarmiento, entonces ministro ante Washington de paso por Lima, se adhirió al mismo y al ideal de unidad latinoamericana, después de haber pronunciado en Chile un destacado discurso latinoamericanista. El entonces presidente Mitre lo desautorizó declarando:

Me repugnaba tomar por base de las resoluciones de los gobiernos, las consideraciones pueriles que se hacían valer para motivar la liga de una o más repúblicas americanas. Que la verdad era que las repúblicas americanas eran naciones independientes, que vivían su vida propia y debían vivir y desenvolverse por sí mismas o pereciendo si no encontraban en sí, propios medios de salvación. [Era malo] hacer americanas todas las cuestiones con Europa de cada país.¹⁷

¹⁵ “Cartas argentinas”, en *Temas sudamericanos*; pp. 390-391. De *La Opinión* de Talca, 4 de marzo de 1874.

¹⁶ “Federación Argentina”, en *Temas sudamericanos*; pp. 78-80.

¹⁷ Paul Groussac. *La biblioteca*; Buenos Aires, 1986-1898, p. 281.

Justo es reconocer, sin embargo, que Sarmiento, quien escribía a Mitre defendiendo la idea de la unidad latinoamericana, nada hizo en ese sentido cuando él mismo estuvo al frente del gobierno. Aunque sus puntos de vista continentales contribuyeron a dar forma a una doctrina hemisférica, lo cierto es que no apartaron a la Argentina de su política tradicional. Harold Peterson escribió sobre el panamericanismo sarmientino: “En la marea de expansión económica promovida por él quedaba poco lugar para la solidaridad latinoamericana en la cual creía”.¹⁸ Hostos también remarcó el carácter contradictorio de Sarmiento diciendo que:

Lógico, ha hecho en el gobierno todo lo que había predicado en su oposición a la barbarie; ilógico, creyó que podía transplantar las costumbres y el carácter de todo un pueblo a una sociedad que, no por los portentosos esfuerzos con que ha intentado normalizarse, ha conseguido desprenderse de un pasado que, como todas las sociedades hermanas de América Latina, aunque con caracteres diferentes, la agobia todavía. En el primer caso era secundado; en el segundo caso encontraba resistencias.¹⁹

Esta combinación de intereses expresados en un modelo de país llevaron a la Argentina, al decir de Hostos, a un punto que “explica tan bien el curso de las ideas en este noble país,

tan digno de ser americano y cuyo espíritu *desamericanizan* tanto sus gobiernos; esclarece con tan clara luz la conducta del Gobierno argentino en la guerra del Pacífico y en la de Paraguay; presagia tan serios peligros para el porvenir...”²⁰ Esta situación, eventualmente, llevó a la Argentina a ser el único país americano que apoyó abiertamente a España en la Guerra con Cuba entre 1895 y 1898. En esa época, si bien existió un núcleo de simpatizantes con Cuba, particularmente entre obreros y estudiantes, el gobierno estaba tan decididamente del lado de España que incluso permitió el reclutamiento de tropas para ayudar a los españoles a aplastar a los independentistas. También apadrinó una colecta pública de dinero para ayudar a España en la compra de un buque de guerra, el *Río de la Plata*.²¹

III

Para comprender con mayor claridad la compleja situación a la que se enfrentaba Hostos en su tarea solidaria latinoamericanista, debemos considerar las características de los partidos políticos argentinos de la época. Como explica el historiador Milcíades Peña, hacia 1860 desaparecen los viejos conflictos de clase por modificación en la situación de las clases y regiones, y queda el país dominado por los estancieros porteños y del litoral, la burguesía comercial y el crecientemente poderoso capital extranjero. Predomina

¹⁸ Harold Peterson. *La Argentina y los Estados Unidos 1810-1960*; Buenos Aires, EUDEBA, 1970, p. 312.

¹⁹ “D. Faustino Sarmiento”, en *Temas sudamericanos*; p. 39.

²⁰ “Cartas argentinas”, en *Temas sudamericanos*; p. 391. El resaltado pertenece al autor.

²¹ Philip Forner. *La guerra hispana/cubana americana y el nacimiento del imperialismo norteamericano 1895-1898*; Madrid, Akal Editor, 1975, pp. 206, 208.

entre todos los sectores una unidad de intereses y de objetivos en cuanto al tipo de desarrollo que buscaban para el país. El Estado argentino presenta todas las características externas de una moderna república democrático-burguesa, pero falta la estructura de clase capaz de sustentar esa organización estatal porque, a excepción de los terratenientes que explotan sus tierras con arrendatarios, no existen clases modernas. Y afirma Peña: “Los nuevos partidos políticos que entonces aparecen no se forman como órganos de ninguna clase de la sociedad argentina, sino como empresas políticas destinadas en primer término a usufructuar el aparato estatal... No representan los intereses de ninguna clase o sector de clase, aunque desde luego no pueden menos que reflejar y realizar la política de las clases dominantes”.²²

Junto con Hostos podemos decir que

Damos este nombre [el de partidos políticos], no a asociaciones políticas definidas, basadas en principios, aspirantes a realizar doctrinas propias en el gobierno, resultantes de oposiciones doctrinales a otro u otros partidos, porque no los hay en la República Argentina. Si le damos ese nombre, es por falta de otro. Las divisiones políticas de la República, así como las que alguna vez agitan la vida interior de las provincias federales, como las que se disputan el

gobierno de la Federación, son puramente personales.²³

Así, las transformaciones nacionales se reflejaban en los “partidos políticos” que se disputaban las elecciones provinciales y nacionales desde 1862. En ese año, la polémica en torno al intento de federalizar la provincia de Buenos Aires dividió al Partido Liberal porteño. Los *nacionalistas* adoptaron tal nombre por su actitud favorable a la nacionalización de la provincia, cuyo eje central era poner la ciudad de Buenos Aires y su aduana bajo el control del gobierno central, separándola del provincial. Los *autonomistas*, por su parte, tomaron esa denominación por su política contraria a la federalización y su defensa de la integridad política y territorial de la provincia. En seguida predominaron sobre sus respectivos rótulos los de “mitristas” y “alsinistas”, derivados de sus jefes máximos, que reflejaban mejor la índole caudillista de esos “partidos”.

Hasta las elecciones provinciales de 1864, autonomistas y nacionalistas reflejaban más bien fracciones internas del Partido Liberal. El autonomismo salió fortalecido de esas elecciones y apareció como partido, ya no como tendencia interna.²⁴ En cuanto a las elecciones presidenciales de 1868, triunfó la fórmula Sarmiento-Alsina, que derrotó a la de Rufino de Elizalde, promovida por Mitre, el presidente saliente. De allí surgió el Partido Nacional, con base en el interior, que

²² Milcíades Peña. *De Mitre a Roca*; Buenos Aires, Ediciones Fichas, 1965, p. 38.

²³ “La lucha electoral de Buenos Aires”, en *Temas sudamericanos*; p. 410.

²⁴ Carlos Heras. “Las elecciones de legisladores provinciales de marzo de 1864”, en *Trabajos y Comunicaciones*; 5, pp. 96 y 97.

junto con el Partido Autonomista de Alsina, apoyado en Buenos Aires, logró derrotar a Mitre una vez más llevando a Avellaneda a la presidencia de la Nación en 1874. Denunciando la existencia de fraude en las elecciones, estalló la rebelión del mitrismo, sofocada ese mismo año.²⁵

El funcionamiento de estos partidos ha sido descrito por numerosos historiadores de la época.

Nucleados en torno a la figura de un caudillo, carecían de organización permanente y de continuidad en la acción; sus períodos de actividad eran los de preparación de las elecciones nacionales, provinciales o municipales. Durante los intervalos, su vida política quedaba limitada a los restringidos círculos de los caudillos y sus amigos políticos, y a las expresiones de algunos órganos de prensa estrechamente ligados a aquellos dirigentes.²⁶

Las decisiones nacían, se discutían y eran lanzadas a la vida pública desde el seno de esos pequeños círculos personales. La “masa” partidaria era convocada con el solo objeto de convalidar lo resuelto previamente por el grupo dirigente de cada facción.

En estos partidos inorgánicos, el aparato estaba constituido por un grupo de figuras influyentes, entre las que sobresalía el caudillo. Completaban el aparato partidario figuras menores, con influencia en cada

parroquia de la ciudad y en la campaña, necesarias para movilizar electores y grupos de choque.²⁷ Fundamentales para estos partidos eran los gobernadores, ministros, comandantes militares y jueces de paz, que al ser piezas claves del aparato estatal poseían una fuerza decisiva en las elecciones. De esta forma el “club” político aprobaba la lista elaborada por el círculo dirigente, por el que debían votar los partidarios de la campaña. En cuanto a las relaciones de cada partido porteño con el interior, consistían en alianzas ocasionales. En lo que hace a la financiación de la actividad partidaria, no podían provenir de otros medios que las contribuciones de adherentes de fortuna o del saqueo de las arcas del Estado, además del aporte de los propios dirigentes que estaban en condiciones de hacerlo. En el primer caso, se trataba por lo general de miembros de la burguesía comercial o ganadera que, apartados de la acción política por estar dedicados a sus negocios, aseguraban de esa forma la necesaria vinculación entre la clase dominante y los políticos.

El “partido” era movilizado cuando se acercaban las elecciones. Surgían entonces los “clubes” electorales, que agrupaban a los partidarios de cada tendencia. El mecanismo electoral sufría la generalización del fraude, en formas casi inverosímiles, que eran sobrellevadas con toda naturalidad por los contemporáneos. Así, el fraude se ejecutaba y se organizaba a la vista de todos, y a menudo con un saldo de heridos y muertos. En Buenos Aires, el padrón electoral oscilaba en torno al 10% de los ciudadanos. El fraude era tan común que Héctor Varela, amigo de Hostos, escribió en el diario *La Tribuna*:

²⁵ José Carlos Chiaramonte. *Nacionalismo y liberalismo económicos*; op. cit., José Campobassi. *Mitre y su época*; Buenos Aires, EUDEBA, 1980.

²⁶ Ídem, p. 149.

²⁷ *Ibíd.*, p. 151.

Sabemos perfectamente que el Club Libertad no ha de ser novicio en el arte de fabricar votos; sabemos que más de un muerto podrido en la fosa ha de aparecer sano y lleno de vida votando.... Pero, ¿no ha hecho lo mismo el Club del Pueblo? Eso es lo que nos irrita: que pretenda presentar como cómplice de un escándalo sólo al Club Libertad cuando se sabe.... que si no lo hizo ese día, fue porque no pudo...²⁸

El mismo Hostos notaba esta situación al referirse a la elección de Nicolás Avellaneda, y escribía: “Indudablemente, el Poder Ejecutivo Federal y el Ejecutivo de casi todas las provincias lo auxiliaban... más digno del señor Avellaneda hubiera sido triunfar sin auxiliares oficiales”.²⁹

Partidos inorgánicos, sin principios, no es posible atribuir su rivalidad a ninguna división de clases. Hostos escribió:

Ningún partido doctrinal cree en la necesidad de las mismas doctrinas de progreso; tantos partidos personales, cuantas grandes individualidades... Durante su período, lleno de personalidades caprichosas, pero también de fecundísimo trabajo, el presidente Sarmiento no ha hecho otra cosa que continuar la obra inteligente de su antecesor, el general

Mitre. Lo auxiliaba en la obra un hombre joven, el Dr. Avellaneda...³⁰

Que no representan clases distintas se comprende fácilmente porque en aquella época existía una sola clase social con cierta cohesión: la burguesía. En cuanto al proletariado, se encontraba en formación como clase. De ahí que políticamente se hallara en un estado de indiferenciación con grupos precapitalistas que le era imposible generar una expresión orgánica coherente, como ocurrió después, producto de la inmigración: a partir de 1872, funcionaba en Buenos Aires una filial de la Asociación Internacional de Trabajadores. En cuanto a los sectores medios, surgidos al calor del modelo agroexportador, no llegaban a constituir aún una fuerza social diferenciada como para generar una expresión política permanente.

Sin embargo, el carácter personalista que definía el nacimiento y organización de estos partidos no impedía que pudiesen reflejarse en ellos, circunstancialmente, algunos de los conflictos sociales de la época. Esto se puede atribuir a dos cosas. Primero, a la disputa en torno a las características particulares de un modelo de país basado en la agroexportación, y segundo, al problema del reparto del poder dentro del Estado que iba surgiendo en torno a ese modelo de país. Ambos aspectos se expresaban a través de la presencia en cada partido de hombres de sectores sociales distintos. Por ejemplo, la adhesión al mitrismo de la mayoría de los comerciantes de Buenos Aires y la mayor

²⁸ Citado por Carlos Heras, *op. cit.*, p. 76.

²⁹ “La lucha electoral en Buenos Aires”, en *Temas sudamericanos*; p. 413.

³⁰ *Ídem*, p. 412.

participación de ganaderos en el alsinismo.³¹ Por su parte, el alsinismo contó con la adhesión de la juventud porteña, y en particular de la juventud universitaria. Esto reforzó el sesgo popular de su partido y su mayor apertura a una política de reformas, constituyéndose en portavoz de inquietudes sociales más definidas.³²

Sin embargo, el mitrismo y el alsinismo eran dos sectores con intereses fundamentalmente idénticos que, sin disentir ideológicamente, se disputaban el usufructo del aparato del Estado y las ventajas derivadas de la relación con Europa. En este sentido, la organización política argentina tenía mucho más de fachada para el exterior que de real expresión de una sociedad altamente organizada en el terreno institucional.

De esta manera, en vísperas de 1880 todavía se acumulaban importantes problemas sin resolver: sede definitiva de las autoridades nacionales, efectos de la crisis económica, sistema monetario, política comercial, organización bancaria, conquista de las tierras todavía dominadas por los indígenas, conflictos con los países limítrofes. La falta de definición de los partidos acerca de estos problemas y su obstrucción de una política capaz de encararlos, la continua zozobra derivada de sus rivalidades y choques armados, estaban provocando un estado de ánimo favorable al cambio. La situación política anterior a 1880 era, pues, una

³¹ José Carlos Chiaramonte. *Nacionalismo y liberalismo económicos*; op. cit., pp. 161-164. Véase también Fernando Barba. *Los autonomistas del '70*; Buenos Aires, CEAL, 1982.

³² Fernando Barba. *Los autonomistas del '70*, op. cit., p. 10.

situación de transición en la que el carácter de los problemas, nuevos y antiguos que debía encarar la burguesía argentina, ponía en crisis el tipo de partidos existente hasta entonces y reclamaba la desaparición de sus inútiles divergencias que ya dañaban los intereses fundamentales de la clase dominante.

IV

Es en este contexto político que Hostos llega a la Argentina con el objetivo de promover la solidaridad para con la lucha independentista de Cuba y Puerto Rico. Hostos escribe en su diario: “Se trata de hacerme posible dos cosas: primero la propaganda incesante a favor de las Antillas; después la vida. En cuanto a la primera, estamos por empezar; en cuanto a la segunda, me han propuesto mil cosas buenas que han concluido por reducirse a prometerme trabajo en tres periódicos distintos”.³³

Esencialmente, tanto el ganarse la vida como la tarea propagandística se van a ver estrechamente ligados. El 1° de octubre de 1873, el diario *La Tribuna* publicó un artículo dándole la bienvenida a Hostos en forma halagüeña: “El Sr. Hostos, a quien damos la bienvenida, ha sacrificado posición, goce, halagos, familia, todo cuanto un hombre ama para sí, por la libertad de las Antillas y la felicidad de sus hermanos”.³⁴ Unos días más tarde, el mismo periódico anunció que Hostos entraba a formar parte de su

³³ Eugenio María de Hostos. *Diario*; Buenos Aires 26 de octubre de 1873, en *Obras completas*, op. cit., p. 66.

³⁴ *La Tribuna*; 1° de octubre de 1873.

redacción, y que escribiría sobre arte y literatura.³⁵ El 7 de noviembre apareció en *La Tribuna* el primer artículo firmado por Hostos.

Por su parte, el diario *El Argentino* también le dio la bienvenida diciendo que Hostos era merecedor de “la simpatía y la admiración universal del Continente”, para luego agregar: “Hostos ha nacido en Cuba, nuestra hermana esclavizada, jadeante por el cansancio y enrojecida por la sangre de sagrados combates en busca de su emancipación”.³⁶ A Hostos le deben haber hecho gracia las lisonjas y las promesas de solidaridad junto con la profunda ignorancia sobre su persona que revelaba la equivocación de su lugar de nacimiento. Esas cosas al margen, la recepción de Hostos por parte de José María Estrada y su diario fueron buenas. El 10 de octubre de 1873 aparecía en sus páginas el primer artículo firmado por el patriota puertorriqueño, que pasaría a escribir regularmente.

La labor de solidaridad de Hostos se nota casi inmediatamente en las páginas de *La Tribuna*. Meses antes, el mismo periódico informaba a sus lectores sobre la muerte del independentista cubano Ignacio Agramonte como “una gloriosa victoria española”.³⁷ Asimismo, el diario hablaba con admiración del político español Emilio Castelar, hasta el punto de publicarle un largo discurso en serie.³⁸

Sin embargo, a partir de que Hostos inicia su tarea de redactor se notan cambios. Por un lado, *La Tribuna* comenzó a difundir más noticias sobre la lucha independentista, como por ejemplo varios informes sobre ataques del Ejército mambí.³⁹ O, por ejemplo, un largo artículo publicado en serie, titulado “Cuba mártir, Cuba libre”.⁴⁰

Asimismo, las noticias aparecidas en *La Tribuna* reflejan que en la misma ciudad de Buenos Aires se estaban realizando actos en solidaridad con Cuba. Por ejemplo, el 10 de noviembre se informó de un acto de estudiantes universitarios en el Teatro de la Victoria para, entre otras cosas, socorrer al “Sr. Echeverría escapado a la persecución de los voluntarios de La Habana”.⁴¹

Lo mismo ocurrió con *El Argentino*. Es notable cómo durante los meses previos a la llegada de Hostos a la Argentina este periódico no había publicado noticias de ningún tipo sobre la lucha independentista caribeña. Pero la llegada de Hostos cambió esto totalmente. Además de los artículos firmados por el patriota puertorriqueño, *El Argentino* comienza a dedicarle espacio a Cuba. Por ejemplo, el caso de *Virginius* es motivo de largos análisis entre enero y febrero de 1874, ligándolo estrechamente con la independencia cubana.⁴² También

³⁵ *La Tribuna*; 5 de noviembre de 1873.

³⁶ *El Argentino*; 29 de septiembre de 1873.

³⁷ *La Tribuna*; 26 de julio de 1873.

³⁸ *La Tribuna*; del 23 al 28 de agosto de 1873.

³⁹ *La Tribuna*; 12 y 13 de noviembre de 1873.

⁴⁰ *La Tribuna*; 8, 9 y 10 de diciembre de 1873.

⁴¹ *La Tribuna*; 10 y 11 de noviembre de 1873.

⁴² Véase por ejemplo *El Argentino*; 7, 12, 13 de enero y 11 de febrero de 1874. En el artículo publicado el 11 de febrero de 1874, la redacción de *El Argentino* propugna un “gobierno autónomo para Cuba”. El *Virginius* fue un barco norteamericano alquilado por los independentistas para llevar armas y municiones a Cuba, el cual fue capturado por la armada española el 30 de octubre de 1873.

aparecen noticias sobre combates entre los españoles y los patriotas cubanos⁴³ y se publican artículos sobre el gobierno insurgente.⁴⁴

Sin embargo, y a pesar de los denodados esfuerzos de Hostos, el desarrollo de la solidaridad con Cuba y Puerto Rico encontró rápidamente un techo. Esto lo refleja Hostos en su diario:

En el intermedio, desde el Presidente de la República hasta el presidente de la sociedad Independencia de Cuba, todo el mundo se complace en demostrarme la inutilidad de mi viaje, haciéndome ver cuánto les interesa conservar la amistad de los españoles, cuán olvidados están en Cuba y todo lo que se relaciona con la América. La gente está completamente europeizada...

Por eso fue un gran placer para mí aprovechar la ocasión que se me ofreció de hacer un viaje lejos de la capital, pues con los artículos que yo escribí desde Río Cuarto, Córdoba y Rosario he podido obtener lo que buscaba; un renombre forzado por cualidades forzosamente reconocidas.

Una noticia espantosa, el fusilamiento de algunos de mis hermanos por los españoles de Cuba me hizo volver. Volví a empezar mi propaganda y ella me ha costado los más intensos dolores que he tenido en mi vida. He sido injuriado del modo más infame

sin poder vengar las ofensas y sin ser defendido más que por J.M. Estrada.⁴⁵

Días más tarde, después de una discusión con *El Correo Español*, periódico de la comunidad española en la Argentina, Hostos escribió: “Al cortar la discusión con un artículo lleno de dignidad, esperaba que me comprendieran; pero no. Sentí en mi derredor rumores que me hicieron comprender cuán grande es el abismo que me separa de la gente”.⁴⁶

Si hacemos un balance de la tarea solidaria de Hostos en la Argentina, nos encontraremos que recibió escaso apoyo por parte de la élite dirigente argentina. Aparte del diario *La Tribuna*, de Luis V. Varela, también fue apoyado por el periódico *El Argentino*, de José Manuel Estrada, y en menor grado por *El Nacional*, dirigido por Wenceslao Pacheco. Tuvo más eco en cuanto a reconocimiento como intelectual hasta el punto de que Vicente Fidel López, Rector de la Universidad de Buenos Aires, le ofreció la Cátedra de Filosofía o la de Literatura Moderna.⁴⁷

Donde Hostos sí encontró apoyo fue en la juventud y el pueblo. Escribe en *La Opinión* de Talca: “Ha habido en Cuba la infame matanza que debiera para siempre enajenar a España la simpatía del mundo entero... sólo he conseguido mover y estimular a la juventud que nada puede”.⁴⁸ Lo mismo se

⁴³ *El Argentino*; 9 de febrero de 1874.

⁴⁴ *El Argentino*; 9 y 10 de febrero de 1874.

⁴⁵ Eugenio María de Hostos. *Diario*; Buenos Aires, 26 de diciembre de 1873, en *Obras completas, op. cit.*, vol. II, p. 69.

⁴⁶ Eugenio María de Hostos. *Diario*; Buenos Aires, 31 de diciembre de 1873, en *Obras Completas, op. cit.*, pp. 67-68.

⁴⁷ Ídem, Buenos Aires, 20 de enero de 1874, p. 82.

⁴⁸ “Cartas argentinas”, en *Temas sudamericanas*; p. 379. De *La Opinión* (Talca), 8 de febrero de 1874.

evidencia cuando Hostos relata un acto en el Teatro Variedades. Después del mismo, los asistentes marcharon por las calles de Buenos Aires: “La bandera de Cuba, colocada entre dos argentinos, recorrió triunfalmente, en medio de un pueblo delirante de entusiasmo, entre aclamaciones estruendosas, a los ¡Viva Cuba independiente! Más unánimes, las calles más concurridas y céntricas de la ciudad”.⁴⁹

El problema político que impidió a Hostos desarrollar la solidaridad con el mismo éxito que en Perú y en Chile se derivaba tanto de la coyuntura específica argentina como de las características de la clase dominante.

En apariencia, las condiciones para que Hostos llevara a cabo su tarea eran óptimas. Existía en ese entonces una Asociación Independencia de Cuba que se reunía en el estudio del Dr. Guillermo Rawson.⁵⁰ Este influyente político había sido Ministro del Interior durante la Presidencia del General Mitre, pero en 1873 estaba estrechamente ligado al Partido Autonomista.⁵¹ Hostos también escribe que el general Mitre le había dado a entender que contaba con su apoyo para la campaña pro-independencia de Cuba, aunque esto no se materializó en la práctica.⁵² Asimismo, había obtenido el apoyo brindado por la familia Varela. Esta familia, enrolada en el sector tradicional del alsinismo, ostentaba mucha influencia política. Contaba con Rufino Varela, que en 1873 era Ministro de Hacienda de la

Provincia de Buenos Aires, y con Mariano Varela, que era Ministro de Relaciones Exteriores del Presidente Sarmiento. Asimismo, José Manuel Estrada y su periódico, *El Argentino*, integraban el Club Electoral, que nucleaba al ala reformista del autonomismo. A través de estos apoyos había contactos con el presidente Sarmiento y con Adolfo Alsina, el principal caudillo político de Buenos Aires. Es evidente que el autonomismo estaba dispuesto a brindar cierto apoyo político a Hostos. Que este apoyo era potencialmente importante resulta claro, puesto que *La Tribuna* fue uno de los sustentos de la candidatura de Sarmiento en 1868 y de Avellaneda en 1874.

Sin embargo, ya antes de la llegada de Hostos era evidente que este apoyo era contradictorio y estaba condicionado por distintos factores. Es así como *La Tribuna* publicó un artículo en julio de 1873 en el que remarcaba la escasa solidaridad argentina para con Cuba, a diferencia del apoyo económico brindado por Venezuela y el reconocimiento como beligerantes otorgado por Perú. Y decía: “no abrigamos grandes esperanzas; la conducta que se observó el año pasado no puede de manera alguna ser disculpada”.⁵³ Sin embargo, al día siguiente publicaba otro artículo en el que criticaba a la Asociación Independencia de Cuba “por resucitar amargas polémicas en momentos en que España avanza por la senda republicana”.⁵⁴ Y cuatro días más tarde, el mismo periódico reclamaba a la Asociación que llevara su campaña a la población.⁵⁵

⁴⁹ Ídem, p. 397.

⁵⁰ *La Tribuna*; 17 de julio de 1873.

⁵¹ Fernando Barba. *Los autonomistas del '70*, op. cit., p. 19.

⁵² “La lucha electoral en Buenos Aires”, en *Temas sudamericanos*; p. 416

⁵³ *La Tribuna*; 17 de julio de 1873.

⁵⁴ *La Tribuna*; 18 de julio de 1873.

⁵⁵ *La Tribuna*; 22 de julio de 1873.

Es evidente que la coyuntura condicionaba estos apoyos y limitaba la obtención de otros. La crisis económica de 1873 hacía imprescindible mantener buenas relaciones con Europa para propiciar el flujo de capitales y la apertura de los mercados. Además, el momento de transición junto con pugnas políticas dirigía la atención de las élites argentinas más hacia los problemas internos que hacia la solidaridad latinoamericana. Esto lo vio el mismo Hostos, cuando escribió: “Aquí, desde hace un año, nadie se ocupa directa o indirectamente de otra cosa que de las próximas elecciones de presidente”.⁵⁶

Por otro lado, el levantamiento de Ricardo López Jordán en la provincia de Entre Ríos dificultó a Hostos el acceso a un sector político que tenía puntos de contacto con el latinoamericanismo hostosiano: los federales del Interior. Fue el caudillo federal Felipe Varela quien levantó, en 1868, la consigna de la Unión Latinoamericana, ligando la oposición del interior al modelo de país que se imponía con la Guerra del Paraguay.⁵⁷ Pero en 1873, todo el partido federal se encontraba en franco retroceso. Tanto la debilidad de este partido como la categórica condena que Hostos hizo del levantamiento imposibilitaron un acercamiento.⁵⁸

Por otro lado, el ideario hostosiano estaba muy lejos de provocar confianza en la clase política argentina. Hostos reivindicaba la igualdad civil y la libertad política en un país

en el cual el fraude era la forma de realizar elecciones. Levantaba el continentalismo en un momento en que la clase dominante se esforzaba en estrechar lazos económicos y culturales con Europa. Hostos desconfiaba de los Estados Unidos, en una Argentina cuyo presidente era un gran admirador del país del norte. El patriota puertorriqueño se rehusaba a aceptar el reduccionismo sociológico sarmientino de “civilización o barbarie”⁵⁹, que había servido a la clase dominante como justificación ideológica para aplastar la oposición en el interior y hacer la guerra al Paraguay.

Cuando este ideario fue aplicado por Hostos a sus agudos análisis sobre el desarrollo argentino, sus conclusiones halagaron a la clase dominante. Pero también tuvieron la capacidad de apuntar muy bien los déficits y limitaciones de una sociedad que se creía cada vez más europea. Así, Hostos describe el papel que juegan los inmigrantes y predice que traerán progreso, pero se preocupa por la falta de escuelas. En Río Cuarto observa que hay muchos devotos, pero asisten a la escuela doscientos niños solamente, y la Biblioteca Municipal está cerrada. Si bien, en su visita a Córdoba, predice el movimiento de reforma universitario que va a conmover el continente cuarenta años más tarde, hace notar que hay demasiadas iglesias, y que la Universidad es más un edificio moral que material, asemejándolo a un símbolo del

⁵⁶ “Cartas argentinas”, en *Temas sudamericanos*, p. 379.

⁵⁷ Jorge Abelardo Ramos. *Del patriciado a la oligarquía*; Buenos Aires, Ediciones del Mar Dulce, 1982, p. 69.

⁵⁸ “Cartas abiertas”, en *Temas sudamericanos*; vol. VII, P. 373. De *La opinión de Talca*, 2 de diciembre de 1873.

⁵⁹ Véase Manuel Maldonado-Denis. “Introducción al pensamiento social de Eugenio María de Hostos”, en Eugenio María de Hostos, *América: la lucha por la libertad*; San Juan de Puerto Rico, Ediciones Compromiso, 1988, p. 28.

oscurantismo.⁶⁰ Hostos se ubica, políticamente, del lado de los “desheredados... sean gauchos o indios en la Argentina”.⁶¹ A diferencia de la clase dominante, Hostos ve al gaucho bueno y obediente que un día se rebela contra la injusticia: “su alma humana, nativamente generosa y buena, ansiosa de pruebas para su virtud, anhelante de ocasión para su heroicidad”.⁶² Esta última apreciación se acercaba demasiado, para la clase dominante argentina, a una justificación de las montoneras del interior y a una crítica a su proyecto de país.

V

A pesar de lo incómodas que podían resultar algunas de sus posturas, Hostos encontró un cierto apoyo en el sector autonomista de la clase dominante. Así, encontramos a hombres como José Manuel Estrada y Vicente Fidel López que fueron sus más cercanos colaboradores argentinos, o al ya mencionado Rawson y a los Varela. Todos estos hombres se encontraban, en ese entonces, alineados con el autonomismo de Adolfo Alsina. Sin embargo, no todos estaban en el mismo sector. Estrada y López eran hombres de origen federal vinculados al ala reformista del autonomismo nucleado en el “Club Electoral”. Por su lado, tanto Rawson como los Varela estaban alineados en el “Club

Libertad”, que reunía al sector más tradicional del alsinismo.⁶³

Durante el período de 1868 a 1878, el autonomismo intentó ampliar sus bases de sustentación para mantener su influencia política frente al mitrismo y al Partido Nacional que se iba gestando en el Interior. Grupo integrado por ganaderos, saladeristas y banqueros, el autonomismo buscó su apoyo en los nacientes sectores medios y de pequeños propietarios. En este sentido reivindicó un provincianismo a ultranza buscando respuestas locales a los problemas concretos. Es así como planteó un programa proteccionista e industrialista como respuesta a la crisis de 1866 y a la de 1873, para después abandonarlo una vez superadas las mismas. Por esto mismo tendió puentes hacia el federalismo con el fin de incorporarlo a sus filas.⁶⁴ En este sentido, el autonomismo nucleó a sectores populares, a la juventud universitaria reformista, a sectores interesados en la industrialización y algunos antiguos federales, todo en defensa de la autonomía provincial.

Esta combinación los hizo más receptivos a las propuestas solidarias de Hostos, puesto que éste no sólo planteaba el latinoamericanismo sino también la industrialización.⁶⁵ En particular, la incidencia coyuntural de sectores

⁶⁰ María Teresa Babín. “El pensamiento de Hostos (1839-1903)”, en *Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña*; 59 (1973), p. 21.

⁶¹ “Cartas abiertas”, en *Temas sudamericanos*; vol. IV, p. 44.

⁶² “Federación Argentina”, en *Temas sudamericanos*; pp. 85-86.

⁶³ Fernando Barba. *Los autonomistas del '70*, op. cit., p. 19.

⁶⁴ Jorge Abelardo Ramos. *Del patriciado a la oligarquía*, op. cit., p. 82; Fernando Barba. *Los autonomistas del '70*, op. cit., p. 10; Fermín Chávez. *Vida y muerte de López Jordán*; Buenos Aires, Hispanoamérica, 1986, p. 211.

⁶⁵ “Cartas argentinas”, en *Temas sudamericanos*; vol. VIII, p. 380. De *la opinión de Talca*, 8 de febrero de 1974.

proteccionistas y los esfuerzos por captar a los antiguos federales implicaban un sesgo latinoamericanista en la política de los autonomistas. Ello a su vez permitió que estos captaran a un sector de los federales contrarios a Mitre.⁶⁶ El latinoamericanismo de los proteccionistas era un derivado de su oposición al libre comercio que favorecía la relación europea. En el caso de los federales, encontramos que se recurría al latinoamericanismo como contrapeso del imperialismo inglés, y en oposición al proyecto de la clase dominante.

Pero también hubo una utilización política de este ideario. Dado que el principal enemigo político de los alsinistas era el partido de Bartolomé Mitre, aquellos se esforzaron en reunir bajo su bandera a los opositores de éste. En este sentido, el independentismo de Hostos tenía una cierta utilidad para los autonomistas, ya que Mitre encontraba apoyo en los sectores de comerciantes acaudalados, muchos de los cuales eran españoles o tenían ligazón con España, particularmente en cuanto a la importación de productos de consumo de lujo. Podemos postular que un tibio apoyo al independentismo cubano le provee al autonomismo de un elemento ético y moral que por un lado lo presenta ante sectores populares como heredero de la gesta de la independencia argentina, y por otro sirve

⁶⁶ Este esfuerzo por parte de los autonomistas se puede comprobar en una carta a su amigo Gregorio Benítez, fechada el 19 de junio de 1873, en la que escribía Juan Bautista Alberdi: “Ya no cabe misterio sobre el carácter y alcance de la revolución de Entre Ríos... Por ajenos que los partidos en que está dividido Buenos Aires sean al origen de esos movimientos, son simpáticos a él los partidarios de Alsina: de lo cual resulta que una parte del gobierno argentino aprueba la revolución, y otra la condena”.

para nuclear a aquellos importadores que competían con el comercio español, como por ejemplo los franceses. Así, el darle espacio a Hostos en periódicos autonomistas como *La Tribuna* o *El Argentino*, les permitió fortalecer su imagen progresista y popular en relación con el mitrismo y al mismo tiempo levantar principios que estrecharan lazos políticos con algunos federales.

Sin embargo, no existían diferencias de fondo entre los autonomistas y los mitristas respecto del modelo de país agroexportador. Su grupo dirigente estaba integrado por ganaderos y financistas cuyo interés principal era la exportación y el flujo de capitales europeos, aspectos en el cual coincidían toda la clase dominante: mitristas, alsinistas y el Partido Nacional de Avellaneda. Asimismo, un partido como el de los autonomistas, que se planteaba obtener apoyo popular, no podía ignorar que en 1869 el 30% de los extranjeros residentes en la Argentina eran españoles, y que la inmigración hacía crecer sus números absolutos aceleradamente.⁶⁷ Por lo tanto, el latinoamericanismo de los alsinistas, al igual que el latinoamericanismo de toda la clase dominante argentina después de 1880, no va más allá de un recurso retórico extremadamente limitado. Es así como Hostos encontrará un campo aparentemente fértil a su prédica independentista en sectores sumamente influyentes de la política argentina, pero al mismo tiempo una reticencia a que esto se transforme en un apoyo material a la lucha de Cuba y Puerto

⁶⁷ Ernesto Maeder. “Población e inmigración en la Argentina”, en Gustavo Ferrari y Exequiel Gallo, comps., *La Argentina del ochenta al Centenario*; Buenos Aires, Editorial sudamericana, 1980, p. 556.

Rico que pudiera implicar una ruptura con España y, por ende, con Europa. Lo que se dice no es lo que se hace, y aún en el caso de lo que se dice se sigue una política al filo de la navaja tratando de captar a todos los sectores sin romper con ninguno. Como escribe el historiador Fernando Barba: “Aceptaron o por lo menos aparentaron hacerlo, aquellos principios en cuanto podrían utilizarlo para conseguir apoyo de un vasto sector de la opinión pública”.⁶⁸

VI

A pesar de las expectativas de Hostos, su prédica tuvo un eco muy limitado en la Argentina, y no se pudo transformar en medidas concretas, a diferencia de lo que se dio en otros países de América Latina. No hubo movilización en apoyo al independentismo caribeño. Es por esto que Hostos escribió en su *Diario*:

Toda mi alma se levanta contra estos hombres, estos gobiernos, estos pueblos, esta opinión corrompida del mundo: todo está bien siempre que los intereses de los fuertes queden por arriba y todo se empastela para producir la impotencia de la justicia. La Europa, la América del Norte, la del Sur, los hombres más eminentes y más respetados no titubean en encontrar que está bien que España y la sedicente República Española martiricen a Cuba, pues, ¿Qué es el martirio de un pueblo ante el interés

de los Estados Unidos, ante los celos de Inglaterra, ante las leyes internacionales hechas expresamente para fortalecer los derechos de los más fuertes? En presencia de una conjuración tan monstruosa de la razón práctica del mundo y de las infamias de los hombres contra la justicia [¿justicia?], me siento deseoso de morir con ella más que de continuar viviendo en un mundo en que los más generosos impulsos y los más desvergonzados intereses son parangonados cuando se trata de impedir a los individuos y a los pueblos llegar al triunfo de su derecho. [...] Empero ya no puedo adquirir las falsas fuerzas de que se necesita para triunfar entre los hombres y de que yo me he desembarazado a sabiendas, es casi imposible que yo llegue a hacer nada y es más fácil ponerse en actitud de reconquistar las fuerzas de que me siento desprovisto.⁶⁹

Hostos se esforzó por cumplir su misión latinoamericanista y solidaria en la Argentina. La coyuntura y los intereses de la clase dominante argentina lo llevaron a fracasar en su objetivo de general apoyo real y concreto para la lucha independentista cubana y puertorriqueña. Ninguna cantidad de honores y halagos pudo engañarlo de la realidad con la que se enfrentaba. De ahí su profundo dolor, tristeza y abatimiento con el que partió rumbo a Brasil y a Estados Unidos.

⁶⁸ Fernando Barba, *Los autonomistas del '70*, op. cit., p. 27.

⁶⁹ Eugenio María de Hostos. *Diario*; 14 de enero de 1874, en *Obras completas*, op. cit., pp. 80-81.

BIBLIOGRAFÍA

- Ansaldi, Waldo. "Notas sobre la formación de la burguesía argentina, 1780-1880", en Enrique Florescano, coord., *Orígenes y desarrollo de la burguesía en América Latina 1700-1955*; México, Nueva Imagen, 1985.
- Babín, María Teresa. "El pensamiento de Hostos (1839-1903)", en *Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña*; 59 (1973).
- Barba, Fernando. *Los autonomistas del '70*; Buenos Aires, CEAL, 1982.
- Burgin, Miron. *Aspectos económicos del federalismo argentino*; Buenos Aires, Solar/Hachette, 1975.
- Campobassi, José. *Mitre y su época*; Buenos Aires, EUDEBA, 1980.
- Chávez, Fermín. *Vida y muerte de López Jordán*; Buenos Aires, Hispanoamérica, 1986.
- Chiaramonte, José Carlos. *Nacionalismo y liberalismo económicos en Argentina, 1860-1880*; Buenos Aires, Solar/Hachette, 1971.
- Cornblit, Oscar; Ezequiel Gallo y Alfredo O'Connell. "La generación del 80 y su proyecto: antecedentes y consecuencias", en Torcuato Di Tella, Gino Germani y Jorge Graciarena, *Argentina sociedad de masas*; Buenos Aires, EUDEBA, 1965.
- El Argentino*; 1873-1874.
- Forner, Philip. *La guerra hispano/cubana americana y el nacimiento del imperialismo norteamericano 1895-1898*; Madrid, Akal Editor, 1975.
- Giberti, Horacio. *Historia económica de la ganadería argentina*; Buenos Aires, Solar/Hachette, 1970.
- Groussac, Paul. *La biblioteca*; Buenos Aires, 1986-1898.
- Heras, Carlos. "Las elecciones de legisladores provinciales de marzo de 1864", en *Trabajos y Comunicaciones*; 5, 1954.
- Iparraguirre, Hilda. "Crecimiento industrial y formación de la burguesía en una subregión argentina: Córdoba a finales del siglo XIX y principios del XX", en Enrique Florescano, coord., *Orígenes y desarrollo de la burguesía en América Latina 1700-1955*; México, Nueva Imagen, 1985.
- La Tribuna*; 1873.
- Maeder, Ernesto. "Población e inmigración en la Argentina", en Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo, comps., *La Argentina del ochenta al Centenario*; Buenos Aires, Editorial sudamericana, 1980.
- Maldonado-Denis, Manuel. "Introducción al pensamiento social de Eugenio María de Hostos", en Eugenio María de Hostos, *América: la lucha por la libertad*; San Juan de Puerto Rico, Ediciones Compromiso, 1988.

María de Hostos, Eugenio. *Diario*; Buenos Aires, 30 de septiembre y siguiente, en *Obras completas*; La Habana, Cultural S. A., 1939, Vol. II.

Oszlak, Oscar. *La formación del Estado argentino*; Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1985.

Peña, Milcíades. *De Mitre a Roca*; Buenos Aires, Ediciones Fichas, 1965.

Peterson, Harold. *La Argentina y los Estados Unidos 1810-1960*; Buenos Aires, EUDEBA, 1970.

Ramos, Jorge Abelardo. *Del patriciado a la oligarquía*; Buenos Aires, Ediciones del Mar Dulce, 1982.

Temas sudamericanos; 1939.

Vicens Vives, Jaime. *Historia social y económica de España y América*; Barcelona, Ed. Vicens Vives, 1971.